

cho, que se tiñó en sangre y abriendo los brazos cayó del caballo, de cara contra el suelo.

—¡Pobres locos de veinte años! ¡pobres necios! que creéis que todo en la vida es nobleza, entusiasmo, valor.

Doña Regina, estais satisfecha, porque mañana, será mas fácil volver la vida á un cadáver, que arrancar á Hidalgo del tribunal de Chihuahua.

Ahora á México, á gozar todas las delicias de vuestro amor.

Y al decir estas palabras, Don Juan se alejó á galope, riéndose con una risa de Satanás.

TERCERA PARTE.

CAPITULO XVI.

Lo que es el corazon humano.

Es una tarde del mes de Octubre de 1812.

Han trascurrido dos años desde aquel dia, en que pálido y lloroso hemos visto al jóven Fernando de Gomez partir de la pequeña aldea de San Roque, abandonando con todo el pesar de su vida, á Clemencia, para dirigirse á su compañía en San Miguel el Grande.

Y en dos años, que es tan largo tiempo para una ausencia, ¿qué cambios se han verificado en el amor purísimo de ambos jóvenes?

Su fuego debe haber aumentado en intensidad, cuanto mas se ha prolongado tan dolorosa ausencia.

Porque miradlo bien, así es el corazon humano.

Amad mucho, hasta la idolatría á una jóven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de nin-

guna clase, sin que nadie os impida verla, sin que ella misma se vele á vuestra ardiente solicitud, amadla así, decimos, y al cabo de poco tiempo, tanta facilidad os llegará á hastiar y vos mismo procurareis crear obstáculos ficticios, que despues de vencidos dejan ver la ilusion.

Pero que os separen de ella un solo momento; que un rival intente arrebataros la perla que Dios os ha hecho ver en el fondo del mar de la vida, y cuyo valor ya no apreciáis tal vez y entonces vuestro amor, que en este caso se parece ya mucho al "amor propio" se despertará del letargo en que yacía y á precio de vuestra vida comprareis esa perla del alma.

Todo lo que no se posee es hermoso.

Pero desde el instante en que comprendisteis, ya no la seguridad sino simplemente la posibilidad de alcanzar lo que deseásteis, su posesion os fatigará, y volveis á lanzar la mirada por el inmenso golfo de la existencia, para columbrar y desear objetos mas lejanos y mas vagos todavía.

Ademas, lo que de lejos parecia hermoso, de cerca causa espanto tal vez.

Miradlo en vosotros mismos en la siguiente alegoría.

Figuraos que el mundo es un inmenso mar que vais cruzando en una leve barquilla.

Apenas se ha perdido el eco de vuestro último vagido de niño, cuando abandonáis el modesto hogar paterno de la playa.

Ya vogais en ese mar, el alma rebotando de ilusiones, la imaginacion de deseos, el cuerpo de vida, el corazon de amor, el pensamiento de nobleza.

El cielo está hermoso y despejado: sopla suaví-

sima la brisa en murmullo de música: la mar está tranquila: el oleaje acaricia en blandísimo contacto los costados de vuestra frágil embarcacion: las aves marinas, pasan cantando en alegres bandadas.

¿Adónde dirigirse en mar tan sereno?

La vista descubre en lontananza varias islas.

Abordemos pues á la mas cercana.

Es la isla del amor.

A medida que á ella nos vamos acercando, llegan á acariciar nuestros oidos, los acentos de una música que adormece.

Una beldad nos aguarda en la orilla, que es un jardin.

Con ella realizamos una especie de fantasía ó sueño que se llama "primer amor" y que se parece mucho al amor de nuestra madre, á quien hemos dejado llorosa en la ribera.

Pero este amor, solo nos parece hermoso al traves del tiempo, cuando lo recordamos en medio del mar que amenaza sumergirnos: por consiguiente pronto nos cansa y buscamos otro mas agitado.

Dejamos á la blanca niña en su hermoso jardin, en medio de sus flores y sus aves.

Penetremos mas en la isla, porque á nuestros oidos han llegado otros sonidos.

Son los infinitos que salen de un festin.

Hemos deseado el amor de las orgías y ya le tenemos.

Un banquete está preparado.

Cubren profusamente la mesa, los vinos mas exquisitos y flores de vivos colores; pero si no estuviésemos tan deslumbrados podriamos observar que esas flores en vez de tener aquel suave perfume

que despedían las que nos daba la niña del jardín, parecen embalsamadas con un aroma artificial.

Muchas mugeres hermosas; pero tambien con esa hermosura que consiste en la languidez de la voluptuosidad coronan la mesa.

Están cubiertas de pedrerías y no de flores.

Se reclinan muellemente, casi dejando ver á nuestros ardientes ojos lo que tan mal ocultan sus flotantes velos.

Los suyos nos lanzan miradas provocativas.

Ciegos corremos á arrojarnos á sus piés y á hablarles de nuestra fogosa pasión.

Nos confundimos con ellas entre la danza, los brindis y el estrépito del festín.

Pero á poco tiempo sus falsas caricias nos dan vergüenza, la danza nos ha fatigado, el vino nos ha embriagado y salimos de aquel lujoso salón; porque tenemos necesidad de respirar otra atmósfera menos impura.

¡Qué deforme, qué asquerosa nos parece entonces la orgía!

Aquellas mugeres tan seductoras nos causan espanto, porque ya no las decora con sus mil luces la imaginación.

Henos ya cansados del amor, porque la niña del jardín cuya inocencia ahora comprendemos, está ya perdida para nosotros.

Y sin embargo todavía no llegamos á los veinte y cinco años.

¡Qué hacer?

Lancemos de nuevo la barquilla al mar.

Allá hay otra isla.

Pero tenemos que hacer exagerada fuerza de remos para acercarnos á ella, porque la mar antes tan

serena, ha comenzado á hincharse y el oleaje azota con desigual empuje los costados de la frágil embarcación.

Es la isla de la "gloria."

El que á ella logre abordar, será escuchado y aplaudido por un pueblo entero, le llamarán poeta ó sabio, cubrirán de lauros su frente.

Luchemos, luchemos con la marea.

¡Cuanto esfuerzo!

Por fin, moribundos naufragos ya, pisamos sus arenas.

Mas ¡ay! ¡Dios mio! los aplausos del pueblo forman un irónico contraste con nuestra amargura interior, la corona de laurel, lastima nuestra frente; daríamos todo ese nombre y esa gloria de poeta, por tornar á la ribera natal á ver á nuestra afligida madre, á quien tal vez ya no encontraremos, porque la amargura de nuestra ausencia la habrá hecho morir.

Es que todo puede abandonar al hombre, hasta sus remordimientos; pero nunca sus recuerdos.

¡Entonces, donde hallar la calma, si no la felicidad?

¡Pobres desdichados! ¿porqué dejamos á un lado sin concederle ni una mirada, aquella isla modesta, en donde solo hay un templo parar orar, á la cual se llega por un mar^o tranquilo y al otro lado de la cual está la eterna felicidad?

¡Porque no encaminarnos desde temprano á la isla de la virtud?

Allí tambien hay placeres; pero placeres inocentes: allí estan la tranquilidad y la santa dulzura de la existencia.

Tal es la vida: una cadena de deseos, que son tormentos despues de satisfechos.

El amor, los placeres ó la gloria y hasta lo último la virtud.

Esto habia sucedido con Fernando.

Salió de su aldea que era su mundo, llorando por Clemencia. Muchas veces al comenazar el viaje, volvió su rostro inundado de lágrimas para tratar de descubrir la pintoresca habitacion del doctor entre el caserío y los árboles; pero esta ya habia desaparecido y el jóven siguió corriendo.

Al cabo de seis horas de camino, el viento oró sus lágrimas y ya no volvió á derramarlas con tanta abundancia; pero no se pudo consolar todavía.

Mientras corria, pensó que acaso muy pronto volveria á ver á Clemencia para no separarse de ella mas y este pensamiento templó un tanto la amargura de su dolor.

En el primer meson donde durmió puso un propio á San Roque, que condujo la siguiente pequeña carta, bajo el sobre de su padre, á quien decia poco mas ó menos lo mismo con respecto al viaje; pero nada indudablemente respecto á recuerdos y á pasiones.

Á CLEMENCIA.

Clemencia mia.—Me encuentro en este momento á veinte leguas de tí; pero mi corazón aún permanece á tu lado.

No puedo olvidarte un solo instante.

En cada casita á que me acerco se me figura que voy á verte aparecer.

Muchos impulsos he sentido de volver la rienda á

mi caballo, para llegar á San Roque y decirte, “Te amo mi Clemencia mas que á mi vida,” jamás te olvidaré, besar tu mano de rodillas, aunque despues tenga que partir inmediatamente.

Pero ya ves que el deber me arranca de lo que yo no desearia dejar de ver.

No te olvides de escribirme y llora, llora y espera como yo.

“FERNANDO”

Debernos añadir, que el jóven no se olvidó de incluir en la carta de su padre otra para Gil Gomez, á quien suponía triste, pero inerte en San Roque.

Como hemos visto no era así precisamente y si Fernando no fué alcanzado al segundo dia por Gil Gomez, que corria como un desesperado, fué porque se desvió un poco del camino real y el futuro insurgente le dejó atrás muy pronto.

Como éste habia pensado habia sucedido.

Mucho antes de llegar á Guanajuato, supo Fernando lo que habia pasado en San Miguel el Grande, precisamente con el regimiento á que iba destinado.

Aunque sintió impulsos de adherirse á una causa que no le repugnaba, pensó sin embargo con esa nobleza peculiar á su caracter, que debia volver á México para presentarse al virey Venegas por intermedio de su tío el brigadier, á fin de que él dispusiese lo que debia hacer.

Ejecutólo así, y el virey que por cierto como ya sabemos andaba en estos tiempos algo escaso de

buenos oficiales, le aceptó gustoso en su guardia particular de palacio.

El jóven fué á ocupar su nuevo empleo.

Con respecto á su moral diremos, que el dolor de Fernando, como era muy natural que sucediese, algo se iba mitigando por las impresiones nuevas y sobre todo por el tiempo, ese médico del corazon, que alivia las enfermedades que mas incurables y que mas espantosas parecian, ese único refugio á que deben volverse los desgraciados.

Los primeros dias pensó en Clemencia y solo en Clemencia; pero ya no lloró y casi no sufrió; poco á poco el recuerdo de este amor se fué convirtiendo en una especie de melancolia tierna, que solo ocupaba el corazon en las altas horas de la noche, ó en los momentos de calma física durante el dia. Le pareció llevadera, si no feliz la vida pasada lejos de ella, con la esperanza alhagadora de volverla á ver y el estruendo del servicio y los preparativos de guerra, que se hacian en la asustada capital para combatir á Hidalgo en el valle de Toluca, acabaron de dominar y cubrir casi completamente las voces interiores de su alma.

Porque ya lo hemos dicho, así es el corazon humano.

Y no puede ser de otra manera.

¿Qué sucederia si el tiempo no disipase todos los grandes afectos de la vida, como los grandes pesares ó las grandes alegrías?

¿Quién, decidme, ha podido creer, que podria sobrevivir un solo instante á su adorada madre, ó á otro de los seres amados de nuestro corazon?

Y sin embargo, muere esa madre, y se sufre mucho, mucho mas que con la muerte, y la vida du-

rante algun tiempo es un verdadero castigo; pero el viento del olvido seca al fin las lágrimas, la deseperacion se convierte primero en sufrimiento, despues en conformidad y despues en una memoria melancólica, pero tan vaga, tan vaga, como ese humo lejano que al caer la tarde se suspende sobre la cabaña de los campesinos, para confundirse al cabo de un momento en el ancho espacio; la vida vuelve á tener dulzuras para volver á tener amarguras.

Decidme ¡cuántas veces os habeis desprendido llorando á ríos de unos amantes brazos, jurando no olvidar nunca?

Tantas cuantas habeis olvidado.

Ademas los males de amor tienen un consuelo que Dios les ha concedido.

La inconstancia.

Y si no decidme, ¡cuántos amores habeis alimentado en el corto espacio de algunos años, creyendo ser el único verdadero que habiais sentido?

No, la causa de esto no está en las inclinaciones del hombre, está en su naturaleza y es una de las infinitas pruebas de lo admirable de la Providencia.

Es uno de los muchos consuelos que el cielo nos ha dado.

Todo esto lo hemos dicho para disculpar á ese jóven Fernando.

Hasta que hubo concluido todos sus arreglos, no pensó en escribir á Clemencia y á Don Estevan; es verdad que la carta de la primera respiraba todo el fuego apasionado que en el momento de escribir sentia por sus recuerdos, y las letras estaban medio borradas por las lágrimas que el dolor de la ausencia le arrancaba.

Pero despues de escribir se sintió aliviado y experimentó esa satisfaccion que se experimenta, cuando hemos ejecutado una cosa que el deber ordenaba, cuando hemos concluido, por decirlo así, un negocio que se debía hacer; es decir, no fué lo mismo que sintió despues de haber escrito el primer billete de la posada.

Demos todavia otra disculpa al olvido del jóven.
¿Sabeis lo que es México?

México es un abismo que puede muy bien con su deslumbramiento y sus placeres, hacer desaparecer todas las ilusiones que un jóven traiga de su suelo natal.

¡México! palabra mágica que se escucha en provincia, con eco de placer, tendiendo hácia ella las anhelantes brazos y cerrando los ojos.

Palabra que nos hace dejar nuestro apacible pueblo natal y las dulzuras santas del hogar doméstico para atravesar delirantes el espacio que de ella nos separa; porque en México están la gloria, el amor, los placeres.

¡Como si la gloria no se comprase con lágrimas de sangre! ¡como si del amor no nacieran los engaños! ¡como si los placeres no dejasen el cansancio y la fatiga en el corazon.

¡Cuántas veces en medio de los aplausos de la fama ó del estruendo de los placeres hemos suspirado llorando por nuestro país natal; arrepintiendonos de haberle abandandonado!

Pero sin embargo, el que ha penetrado una vez en un palacio no puede volver sin suspirar á su cabaña, por mas que en ese palacio este la humillacion y en esa cabaña la igualdad.

¿Cómo abandonar á esa México física, con sus

magníficos edificios, con sus Teatros, su romancesco castillo de Chapultepec que semejante á un anciano consentidor, se me de las locuras de su hermosa hija, ó como un testigo mudo, va consignado lentamente en la página de los siglos, la historia de sus errores políticos: gigante que lo mismo que escuchó los dulces cantares de las queridas de Moctezuma, el indio emperador, presenció impasible la pompa de los vireyes, vió desfilar un dia un ejército que victoreaba á Iturbide y á la América, escuchó mil veces el gemido del bronce fraticida y ¡ay! un aciago dia de castigo y expiacion, se vió rodeado de hombres que elevaban triunfantes un pendon extranjero.

¿Cómo abandonarla con sus lagos color de cielo, con su opulenta Catedral, con sus pueblecitos de San Angel, Mixcoac y Tacubaya, que semejan ramos de flores que la caprichosa beldad ha dejado caer á sus piés para que la perfumen, con su calzada de la *Viga* tan impregnada de poesia popular

¿Cómo abandonar á México la moral con sus estrepitosos placeres de carnaval, con sus bailes de *posadas*, con sus mugeres sirenas que adormecen cuando cantan, que tienen tan leves las plantas que ni huellas dejan al pasar, con sus distinciones políticas, científicas ó literarias?

Pero dejemos tan larga digresion, que solo ha servido para disculpar el olvido de Fernando.

Al cabo de un año, en el corazon del jóven entraba Clemencia como un dulce y querido recuerdo de juventud nada más; acaso como una muger que debía ser su esposa algun dia para cumplir su compromiso de corazon; ¿pero cuándo llegaría ese dia? ¿quién sabe? como un leve remordimiento que se

procuraba acallar con la resolucion de ejecutar una reparacion y de justificar su actual conducta con esa satisfaccion que se creer dar á las mugeres aceptándolas por esposas, por mas que se las haya ultrajado: algunas veces como una amarga tristeza y un deseo pasagero de volverla á ver para demandarle perdon por un olvido tan criminal y al mismo tiempo tan involuntario.

En un año, solo habia escrito cuatro cartas, incluidas en las que enviaba á Don Estevan, para contestar á un número triple lo menos, que la pobre niña habia escrito vaciando en ellas todo su corazon.

Pero para que podamos comprender el estado del corazon del jóven, bueno es que tomemos el hilo de los sucesos presentes.

Deciamos que es una tarde de Octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo, ya se sabe lo que ha sucedido.

Fué hecho prisionero en las *Norias del Baján*, conducido á Chihuahua, insultado, escarnecido y condenado á ser degradado, fusilado por la espalda, procurando conservar la cabeza para esponerla en una escarpia en Guanajuato, á la pública espectacion para *escarmiento de traidores*.

Pero de su tumba se levantaron millares de guerreros, que ahora acaudillan Morelos, Rayon y otros muchos, casi toda la Nueva España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que solo debe terminar ya con la independendencia del país.

CAPITULO XVII.

La novela.

Aquella noche daba la corte al virey Venegas un magnífico baile, para solemnizar una derrota dada á los rebeldes por las tropas españolas, hácia el rumbo del *Bajío*.

¡Bendita mision la de los cortesanos, de levantar orgías sobre ruinas, de brindar al derramamiento de la sangre del pueblo.

Este debía tener lugar en la suntuosa morada del conde de.... en la calle de Don Juan Manuel.

Fernando debía acompañar al virey y aun no eran las ocho de la noche, cuando ya el jóven estaba lujosamente ataviado y se paseaba con impaciencia esperando las diez, que era la hora á que el virey debía de salir de palacio; en una habitacion de su morada situada en la calle hoy llamada del *Indio triste*; pues su tio el brigadier, habitaba en palacio.

Hacia seis meses que el amor de una hermosa cortesana traia delirante y distraido al jóven, y comprenderemos su impaciencia cuando sepamos que esa cortesana debía asistir al baile.

A las diez se presentó en el baile el virey.

Todos al verle se inclinaron respetuosamente y el conde de.... le condujo á una especie de dosel, que se habia formado en un tablado, que ocupaban los notables personajes que le debian hacer corte.

Era un espectáculo hermoso el que presentaba el inmenso salon, profusamente iluminado con mag-